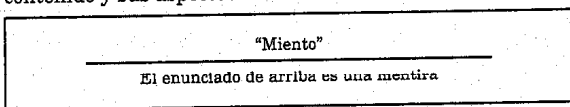


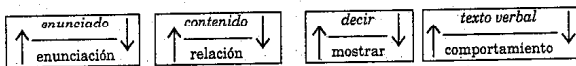
en cuenta que uno es el profesor y que lo importante es tener relaciones sinceras y espontáneas; cuando se grita "¡Sean naturales!" a los que se les saca una foto; cuando se pretende hablar "entre nosotros" y hacer confidencias en una emisión con amplia audiencia; o si les pido, de improviso, que no piensen en Victor Hugo, etcétera.

En cada caso se plantea un mensaje y un componente de éste (un metamensaje) lo anula o lo contradice enseguida. Esquematizamos este caso con la paradoja más célebre, la de Epiménides el cretense, que declara que "todos los cretenses son mentirosos", en la que es sencillo observar que la relación de enunciación, denunciada *en directo* como mentira por el propio enunciado, hace que éste sea imposible de decir: si miente no miente, pero si no miente nuevamente miente indefinidamente.

La paradoja consiste en cortar verticalmente el relieve lógico de nuestros enunciados en dos partes incompatibles. Para concluir y encontrar nuevamente nuestro punto de partida, todo sucede como si una contradicción insoportable opusiera el nivel y el metanivel del mensaje, sus aspectos de contenido y sus aspectos de relación.



FÓRMULA DE LA PARADOJA DE EPIMÉNIDES EL CRETENSE



FÓRMULA DE LA PARADOJA PRAGMÁTICA

En cada caso hay paradoja en la medida en que una relación necesaria pero contradictoria se instaura de una y otra parte de la línea de la fracción. Pero si la paradoja puede encerrar la comunicación en círculos viciosos, también, según Watzlawick y otros autores, es la sal de la vida, incluso la oportunidad de algunos cambios de marco de los que depende el éxito de la cura (en un marco terapéutico) o, más generalmente, la creatividad intelectual y social.

III SIGNIFICAR

Se podría sostener, con derecho, que el hombre descende más del signo que del mono¹ y que obtuvo su humanidad de cierto régimen simbólico o significante. Vivimos menos entre cosas que en un "bosque de símbolos", como dice Baudelaire en su célebre soneto de las *Correspondances*, y éstos hacen que estemos familiarizados con el mundo al interponer entre él y nosotros el orden de los signos, más manejable y liviano que el de las cosas. El imperio de los signos duplica, de este modo, el mundo natural; la semiosfera (que integra la cultura en general) *contiene* a la biosfera (la naturaleza, el mundo animal, vegetal, etc.). Por medio de toda una red de representaciones codificadas y de signos que son también paralogos que se oponen a la dureza del mundo, envolvemos, filtramos y, al mismo tiempo, dominamos lo real externo.

I. EL GIRO SEMIOLÓGICO

Ferdinand de Saussure fue el primero en hacer el análisis de la lengua como estructura (alrededor de 1910). Este análisis inspiró en los años 1950 el estudio estructural de la cultura, usando el modelo de la lengua. La idea es extraer de la cocina, de la vestimenta o del parentesco signos binarios u opositivos, comparables a los que el análisis descubre en la lengua. En cada dominio de la cultura determinado de este modo, los hombres intercambian signos según códigos que, posiblemente, son lenguajes.

Esta ampliación, bautizada *semiología*, se encuentra con las ciencias de la información y de la comunicación, concebidas como el estudio del intercambio, de la producción y de la

¹ En francés se produce un juego entre *signe* (signo) y *singe* (mono).

circulación de los signos en general, en el seno de la cultura. Esta es, al menos, la visión propuesta por Lévi-Strauss en su texto de 1950, *Introduction à l'oeuvre de Marcel Mauss*, que constituyó el inicio de los estudios estructuralistas. De esta manera, llevaba a cabo el deseo formulado por Saussure en la Introducción de su *Curso de lingüística general*: "Se puede concebir, entonces, una ciencia que estudie la vida de los signos en el seno de la vida social. [...] La llamaremos semiología. [...] nos enseñaría en qué consisten los signos y cuáles son las leyes que los rigen. [...] La lingüística es sólo una parte de esta ciencia general y las leyes que descubra la semiología se aplicarán a la lingüística; ésta quedará, así, vinculada con un dominio bien definido en el conjunto de los hechos humanos." De acuerdo con esta previsión hecha por el maestro de Ginebra a modo de programa, *semiología*, en el fondo, quería decir ya, plenamente, *comunicación*, la que no estudia los intercambios naturales sino los intercambios codificados y semiologizados.

La semiología se interesa por el funcionamiento de los signos como un sistema. Un elemento del sistema no significa por adecuación a tal cosa o acontecimiento sino en referencia a su relación de oposición o de distinción en el seno de la estructura. Es la gran idea fonológica: el funcionamiento de los sonidos es de carácter discreto y opositivo. "En la lengua hay sólo diferencias", afirma Saussure: los fonemas, por ejemplo, es decir las unidades sonoras más pequeñas, son discontinuos: un fonema B no es un fonema P, y entre ambos *no hay un tercer término*. El orden binario o digital está basado no el valor intrínseco de los elementos sino en su posición dentro del sistema. El primer gesto de la semiología es, por lo tanto, eliminar la adhesión de los signos a las cosas para pensarlos según un marco de oposiciones pertinentes, es decir, previstas por el código.

De este modo, la estructura por excelencia es la de la lengua, en la que las palabras no adhieren a las cosas (salvo en el caso muy residual de las onomatopeyas) sino que significan por oposición. Esta conciencia semiológica del sistema ha penetrado muy profundamente nuestra cultura y convergió, a fines de los años 1950, con el análisis de los objetos industriales que, como los signos lingüísticos, reciben una forma estricta que obedece a un código y son reproducidos idénticamente en la cadena. Al elegir este camino, la semiología acompañaba el surgimiento de la cultura de masas cuyas

producciones estereotipadas y estandarizadas parecen ordenadas de acuerdo con algunas combinatorias verificables.

2. LAS DOS CORRIENTES DE LA SEMIOLOGÍA

Al construir una semiología según el modelo de la lingüística, los estructuralistas consideraban que estaban haciendo que las ciencias humanas, que se ocupan de intercambios menos rígidos que los de la lengua, fuesen también ciencias rigurosas. Saussure y la lingüística fueron referencia obligada en los años cincuenta y sesenta y se convirtieron en el lugar de garantía científica que convirtió a la semiología estructural en una disciplina atractiva.

Con el tiempo, se volvió sencillo distinguir en este movimiento semiológico a dos grandes corrientes. Un primer camino de la investigación fue el de Roland Barthes, autor, en 1964, de los *Ensayos de semiología*. En esta obra, invierte la jerarquía propuesta por Saussure al señalar que si bien la lingüística es una ciencia guía, la semiología sólo podría desarrollarse si tomaba sus métodos.

Por lo tanto, propuso una especie de superlingüística, aplicada a sistemas de signos como la moda, el texto literario, la cultura de masas o las mitologías del consumo masivo (entre las que se encontraban la lavandina Omo, el abate Pierre o el Citroën DS). En esta obra Barthes se regocijaba en acosar el estereotipo, en la manera en que el artefacto cultural se volvía natural en la conciencia de los usuarios o se convertía en un discurso disponible de antemano. Sugería que la tarea del semiólogo era elevar el *muthos*, discurso mudo o confuso, por medio de la lógica del *logos*. Las comunicaciones de masas, la vestimenta, la cocina o la publicidad, no saben nada sobre sí mismas, porque son mudas y están mistificadas, y necesitan ser descifradas por la razón del lenguaje. Este *logocentrismo* postula que cuanto más cultos somos más usamos el lenguaje, "interpretante universal" y significante por excelencia. A partir de estos axiomas, se planteó, por ejemplo, que la cocina estaba estructurada como un lenguaje (con sus oposiciones pertinentes entre lo crudo y lo cocido, lo asado y lo hervido, lo dulce y lo salado). En el psicoanálisis, Lacan sostuvo lo mismo para el inconsciente. De este modo, toda una corriente logocentrista quiso encontrar lenguaje en nuestras comunicaciones no lingüísticas (en la pintura, en la cocina, en el mobiliario).

rio, en el "sistema de la moda" o en el inconsciente). Pero ¿los escalones "inferiores" de las acciones semióticas ganan algo cuando se las traduce a palabras? Un pintor no tiene ideas verbales sino esquemas plásticos; un músico, ideas musicales y un bailarín trabaja a partir de representaciones espaciales, motrices y musculares. ¿Qué necesidad tendrían de ir hacia el *logos* (=lenguaje, cálculo, razón) como si fuera la acción suprema? Los estudios de la comunicación nos enseñan, en cambio, una diversidad de canales de intercambio y de significación, irreductibles al puro lenguaje.

Otra corriente quiso romper con el logocentrismo y, para hacerlo, se sumergió en las semióticas "inferiores". ¿Cómo funcionan los signos fuera del lenguaje? Es posible distinguir un régimen del índice y otro del icono, inasimilables a las acciones lógico-lingüísticas.

3. LA SEMIOLOGÍA SEGÚN CHARLES S. PEIRCE

La pregunta central es dónde se detienen las cosas y comienzan los signos, por dónde pasa la frontera exacta entre biosfera y semiosfera, entre naturaleza y cultura. Como todo intento por trazar esta frontera provoca dificultades, una manera elegante de responder es sostener que, para nosotros, todo es semiótico. Es la posición de Charles Sanders Peirce, autor de una filosofía de los signos que va mucho más allá de la semiología saussuriana.

Para Peirce, desde la menor de nuestras percepciones, todo es signo. En efecto, ¿qué es percibir si no recortar una figura sobre un fondo, figura que tiene una forma ya definida y codificada para nosotros? Conocer es reconocer, según códigos que surgen siempre mucho más temprano de lo que creemos. Pero esta respuesta necesita que hagamos más precisa la noción de código, central en el campo de la semiótica.

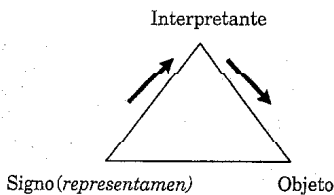
La definición clásica del signo, aparentemente muy simple, planteaba que era "una cosa puesta en el lugar de otra cosa", *aliquid stat pro aliquo*. Saussure volvió a trabajar esta definición que el signo vincula un significante* (Sa) y un significado* (Se), tan inseparables uno de otro como el verso y reverso de una hoja de papel. Dividir el significante es dividir el significado. Otro lingüista, Hjelmslev, inspirado en Saussure, propuso el significante como plano de la expresión y el significado como plano del contenido.

Peirce partió de un esquema triangular muy diferente del de Saussure (al que, por otra parte, no había conocido): "La relación de semiosis designa una acción, o una influencia, que es, o que supone, la cooperación de tres sujetos: el signo, su objeto y su interpretante. Esta relación ternaria de influencia no puede, de ninguna manera, dejar de vincularse con acciones entre pares...". Significar supone en este caso tres términos, y no sólo dos.

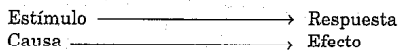
Esta definición que propone Peirce hace más clara nuestra pregunta acerca de la frontera entre el mundo de los signos y el mundo natural. En efecto, este último es el terreno de las acciones entre pares, como la relación estímulo/respuesta o causa/efecto, que no suponen tercer término. Si alguien me empuja, puedo caerme; el hecho de empujar no es semiótico, es una presión enérgica que implica una caída mecánica. Al margen de esta secuencia puramente física, es probable que el agredido interprete (elabore un signo) el gesto del agresor y lo traduzca en términos de violencia, de venganza o de una broma de mal gusto.

Lo interesante del enfoque de Peirce, es que, lejos de ser emitido por una persona, el signo puede emanar de cualquier cosa aunque no se acerque a la restringida clase de los mensajes. El cielo rojo me indica que mañana será un lindo día, sin que haya en esto ninguna intención. El receptor elabora esta relación de semiosis pero el emisor puede ser el universo en general. Esta semiología amplía, por lo tanto, los fenómenos de la comunicación mucho más allá de los mensajes emitidos conscientemente de persona a persona —un esquema al que algunos querrían limitar nuestros estudios.

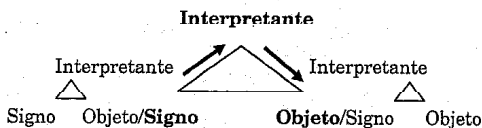
Al respecto, es conveniente precisar que *el interpretante* peirciano no designa al receptor del signo, sino al código o al saber constituido, a la convención de lectura que permite relacionar tal signo con tal objeto. El interpretante es el punto de vista. De este modo, para retomar nuestro ejemplo, desde el punto de vista de la meteorología un cielo rojo indica buen tiempo. Pero un pintor indiferente a las condiciones climáticas puede pintar un cielo rojo por otras razones. Según el interpretante, tal individuo podrá parecer un francés, un habitante de la Auvergne, un representante del sexo masculino, un rentista, un jugador de dominó o un diabético, etc. En cada caso, ponemos en juego un triángulo que nos dice bajo qué aspecto relacionar tal signo con tal objeto: el dominio del signo es el de la "terceridad".



El triángulo semiótico de Peirce califica la "terceridad" de la semiosfera o el proceso informativo. Por contraste, el proceso energético se conforma con una "relación entre pares".



De esta manera, el marco trazado por Peirce es más amplio del que habríamos podido considerar para los signos pues no son sólo lingüísticos sino también naturales y sin emisores. El esquema saussuriano postulaba un emisor y un destinatario; en Peirce vamos de signo en signo, puesto que todo "objeto" puede ser un signo para otro objeto. La cadena permanece abierta hacia la derecha y hacia la izquierda del esquema triangular, sin que la actividad semiótica alcance nunca un término final o un techo: la mejor ilustración de esta reactivación es la búsqueda de una palabra en un diccionario que sólo puede hacerse a través de otras palabras las que, a su vez, remiten a otras definiciones, indefinidamente.



4. INDICES, ICONOS, SÍMBOLOS

Uno de los aportes más importantes de Peirce es su distinción de tres maneras fundamentales de significación: el índice, el icono y el símbolo. Los encadenaremos cronológica y lógicamente en ese orden (no previsto por él).

Plantear que al comienzo fue el índice, es colocar en la base de nuestra semiosfera las huellas sensibles o las muestras de los fenómenos. Peirce define el índice como a fragment torn away from the object, un signo arrancado de la cosa o, como precisa en otra parte, "realmente afectado por ella". En el síntoma médico o meteorológico, en el caso de las improntas, de las huellas físicas o de los depósitos, la relación de la cosa y su signo es la del todo a la parte o de la causa al efecto. Por lo tanto, directa, o sin código, sin la mediación ni la representación mental de la intención, sin distancia representativa ni corte semiótico*. Esta continuidad o esta contigüidad natural de los índices con lo que indican los ubica en el nacimiento del proceso significante; son los que vienen en primer término, en el proceso de aculturación de cada uno, en la modalidad de la comunidad y del contacto. El índice es el signo que vincula (el signo con la cosa y a los sujetos entre sí); y de hecho nuestras relaciones, si distinguimos con cuidado los contenidos de nuestras comunicaciones, éstas están amortiguadas por índices. Polo caliente o "atractivo" en la esfera de los signos, el índice es lo que se muestra, se expresa o actúa según la modalidad de la presencia real: no representa la cosa o el fenómeno, los manifiesta de manera directa y prolija. En una conversación, por ejemplo, la entonación, las miradas, la postura o la mayoría de los gestos constituyen esta capa indicial que administra la relación y facilita el camino de eventuales contenidos informativos.

Esta infancia del signo se abandona con el icono (la imagen en general) que lleva a cabo un primer distanciamiento. La relación de una imagen con lo que representa se realiza todavía por semejanza o en la continuidad de una analogía en sentido amplio, pero el contacto se rompe: el artefacto icónico se agrega al mundo, en tanto que el índice se deduce de él. Esta ruptura semiótica se corresponde con la ruptura antropológica en sentido amplio: aunque estén domesticados, los animales, que son sensibles a los índices, no se interesan por un cuadro ni por las fotografías, ni siquiera por su reflejo en un espejo. Esta sencilla idea debería permitir refinar y problematizar la noción, a primera vista familiar, pero en realidad, ¡cuán construida y compleja!, de *semejanza*. Pues puedo encontrar semejanza en mi foto del documento de identidad (debe serlo por definición), pero ese cartoncito plastificado se parece mucho más a cualquier otro cuadrado de cartón que a mi cara. ¡Cuánta educación fue necesaria para admitir la

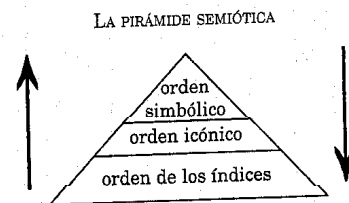
menor equivalencia entre una carne viviente, tibia y tridimensional y algunos centímetros de papel frío y plano! Al proyectar un objeto del mundo físico en otro, la relación icónica de analogía* conserva, por cierto, algunos rasgos del original, pero selecciona severamente estos datos pertinentes y los reconstruye en un material y en una escala que no le deben más nada al fenómeno representado: piedra esculpida, tela de los cuadros, papel de los dibujos, de las fotos, de los planos del tren subterráneo o de los mapas geográficos, el vidrio de los vitrales o el metal de los carteles de la ruta que indican "curva peligrosa" o "caída de piedras"... , todos estos iconos tiene en común el hecho de conservar un elemento descriptivo o esquemático de analogía con su referente, de manera que un extraño pueda comprenderlos sin demasiadas dificultades. Algo menos inmediata que los índices, la capa icónica de nuestras comunicaciones salta bastante bien las fronteras; y por eso algunas imágenes, de actualidad (CNN) o de ficción (Hollywood, Mickey) se producen, hoy, en una escala directamente mundial.

Finalmente con los símbolos (o con lo que denominaremos, uniéndolo a Pierce y a Lacan, "orden simbólico", que reagrupa los signos propiamente arbitrarios —es decir, no motivados—) se rompe la relación continua de semejanza, del mismo modo que la de contigüidad: es el caso de la inmensa mayoría de los signos lingüísticos, de los carteles de la ruta de "dirección prohibida" o "prohibición de estacionar", de los símbolos químicos o algebraicos (que por lo mismo van más allá de las letras o de las cifras) y el campo de lo numérico en general. A diferencia de la imagen, el signo simbólico se estructura por exclusión y se basa, por lo tanto, en una secreta negatividad: apunta a la modalidad (digital) del todo o nada: entre dos fonemas que la lengua articula como entre los ceros y los unos del lenguaje binario de las máquinas, no hay tercer término. La presencia de tal signo significa la ausencia de todos los demás en el mismo lugar. Lo que supone que este lugar debe ser estrictamente medido: pixel encendido o apagado de nuestras pantallas catódicas, letra del alfabeto en un texto, descarga de una neurona que transmite o retiene la excitación. "puerta" abierta o cerrada de un circuito informático, rojo o verde de los semáforos, en cada caso lo legible dobló a lo visible en una sola dimensión, cronológica o lógica.

La tripartición cuyo principio acabamos de recordar está claramente orientada por una tendencia a la creciente abs-

tracción: del índice tridimensional, o cosa entre cosas, al orden simbólico lineal, pasando por los iconos, generalmente bidimensionales. Lo simbólico y, más aún, lo numérico, corresponden a un esfuerzo mayor; el sueño y su correlato, los sueños, en los que el pensamiento verbal se cambia por un flujo de imágenes mezcladas de índices, con el menor esfuerzo físico.

Las tres capas semióticas que acabamos de distinguir se representan muy bien por medio de una pirámide enmarcada por dos flechas:



Para pensar, se necesita una punta. Y así fue que la filosofía, tradicionalmente logocéntrica, siempre reservó el verdadero conocimiento a la cima "simbólica" de la pirámide (las imágenes y, *a fortiori*, los índices, "no piensan"). La flecha de la izquierda indica, por lo tanto, el camino ascendente del aprendizaje o de la cultura, pero de una cultura bastante particular por lo logocéntrica: la nuestra. La flecha de la derecha, la "regresión" (término psicoanalítico) del sueño y de las menores articulaciones de la cultura de masas y, también, esa cosa enorme que es el arte, la poesía y la función estética en general, imantadas por la figuración y, más allá, por la búsqueda de contactos perdidos.

En la tradición logocéntrica, que se verifica desde Platón hasta, digamos, Lacan, o en las acciones numéricas de nuestras computadoras, el acceso al logos (al mismo tiempo lenguaje, cálculo y razón) se presenta como la condición del conocimiento por excelencia; la imagen, o como dice el psicoanálisis, la figuración, sólo constituyen un grado intermedio, una tentación sensible, estadia en la caverna o regresión. C.S. Peirce no parece compartir esta filosofía tradicional cuando afirma que "el icono es la manera más perfecta de representar un pensamiento". De hecho, en nuestra pirámide la imagen se

encuentra en el centro en el punto de encuentro de las otras maneras de significar. Asimismo, con el surgimiento de las pantallas y, en general, de la esfera del video, tiende a tomar una posición central en las comunicaciones masivas. La iconofilia manifestada por Peirce es un motivo más para señalar su modernidad.

5. EL CIERRE SEMIÓTICO

La semiología es, por lo tanto, una ciencia de la cultura más que de la naturaleza o, mejor, una ciencia del pasaje de la naturaleza a la cultura. En todas partes donde se extienda el mundo de la información o de la semiosfera, seguimos teniendo la posibilidad - sino el derecho - de ignorar una señal. A diferencia del mundo físico, que no podemos no soportar, la información nos deja la elección de la respuesta, una libertad entre los interpretantes: constituye lo que siempre podemos dejar de lado (capítulo vi). La semiosfera empieza más allá de la energía, pertenece a otro orden.

Como consecuencia, diremos que el mundo del signo envuelve el de nuestra libertad. El poder de dar marcha atrás, el poder de análisis, suponen un espacio de juego y de interpretación, es la tercera cumbre del triángulo peirciano que mediatiza la relación del signo y de su objeto. Este espacio de mediación simbólica o semiótica mide nuestra libertad humana, aun cuando se trate, también, del mundo del código y de la convención. La semiosfera es como un dique que se opone a la brutalidad de las cosas; cuanto más vivimos entre signos, menos nos muerden las cosas. La cultura scría, precisamente, esto: la sustitución del material duro por lo computable blando. Los signos no están inertes, nos sirven para contener lo real, en los dos sentidos de este verbo que quiere decir, al mismo tiempo, "poner distancia" y "envolver".

El origen de las maneras en la mesa por ejemplo, para citar un libro de Lévi Strauss, con sus reglas de disposición de los diferentes vasos, cubiertos, platos, el orden de presentación de los platos, etc.; ¿no apunta a contener la pulsión oral primaria y todos sus peligros? De la misma manera las reglas del matrimonio impiden que las familias se aplasten unas a otras y se fusionen. Al prohibir el incesto, explica Lévi-Strauss, las sociedades instituyen la circulación de las mujeres fuera de sus hogares y la ley del intercambio en general,

social por excelencia. En todo el mundo de la cultura, que es el de una combinatoria codificada portadora de reconocimiento y de sentido, persiste esta exigencia de articulación, de separación, o ese espacio de juego que comienza con la interpretación y fuera del cual no habría más que fusión, invasión violenta o cadenas de causas y efectos. ¡Qué tranquilizador es entrar en un mundo de convenciones! Aunque a veces los protocolos, las leyes o los códigos parezcan alienantes - como los de la cortesía - sirven para retardar la ineludible violencia de lo real (que, con la muerte, tendrá su última palabra sobre cada individuo).

Type y token

La relación de convención se confunde, por lo tanto, con el espacio de la libertad propiamente humana. La convención es una manera de denominar cosas diferentes de manera homogénea. La distinción, propuesta por Peirce, entre type (la categoría) y token (la ocurrencia singular) muestra que semiotizar es imponer un type invariante a tokens empíricos. Este type no se encuentra en ninguna parte en la naturaleza, pero permite reunir los tokens de la experiencia que son siempre únicos y diferentes, por la mediación de un código. Este aporta un filtro, que propone una grilla simplificadora sobre los fenómenos, y permite que se pueda decidir acerca de ellos. Podemos, por ejemplo, articular de muchas maneras diferentes los fonemas de una lengua, según determinados acentos o errores de pronunciación, pero si integramos la invariante (el *interpretante*) estructural del código, reconoceremos sin dificultades las palabras de la cadena sonora.

Las nociones de signo y de código apelan, por lo tanto, a la de estructura, "un modelo construido a través de las operaciones simplificadoras que permiten unificar fenómenos diversos desde un mismo punto de vista". Esta definición, propuesta por Umberto Eco, reúne varias palabras clave: todo signo es estructural, toda estructura es una combinación de signos, que aligeran y simplifican las propiedades naturales de las cosas. Significar consiste, siempre, en un acto de economía y de simplificación. Estructuralismo y semiótica caminan a la par.

Aún es necesario señalar dos rasgos especiales del signo: la abreviación y la idealidad. La primera ventaja del signo es la abreviación. Codificar es abreviar, un signo es siempre más

breve que lo que designa. El ejemplo típico es el mapa, que no es el territorio; mucho más simple (casi infinitamente) que aquél, lo vuelve, al mismo tiempo, manejable y un lugar de decisiones. *Less is more* (según el célebre dicho de Nicholas Negroponte). La información es una grandeza negativa, una sustracción infligida a la complejidad de lo real.

Otra gran función del signo es la promoción idealizante del token al type. Las variaciones individuales en la emisión o en la recepción de los mensajes no son pertinentes en el nivel del type, que estabiliza y estandariza los fenómenos al aligerarlos de los accidentes singulares. Todo código funciona pues, como un factor de orden y de reproducción: permite la repetición de un tipo ideal o inalterado a través de sus diferentes ocurrencias.

Autonomía de la semiosfera

Este es el otro nombre del *cierre semiótico*. El funcionamiento de los signos supone poner entre paréntesis su referencia. Los signos se articulan lejos de las cosas y sin ellas. En el esquema triangular del signo, el interpretante y el objeto, este último no es una cosa sino una idea. El mundo de las cosas se corresponde con la biosfera, de la que emerge la semiosfera. La analiza, sin estar vinculada a ella físicamente. De esta manera podemos significar mil cosas que no existen, hablar del futuro, representarnos unicornios, disertar sobre el príncipe Hamlet y la corte de Elsinor... Sólo en la semiosfera podemos jugar, bosquejar hipótesis, hacer ficciones, multiplicar los mundos alternativos o virtuales lejos de las contingencias del único mundo real.

En esta crítica de la ilusión referencial se basa la semiótica. El mundo de los signos no es el de las cosas y tiene una relativa autonomía respecto del mundo real. Al desdoblar el mundo, la semiología agudiza nuestro espíritu crítico. Rompe la ilusión referencial y las evidencias ingenuas de la "naturaleza"; disolvente, nos revela la contingencia de nuestra cultura, al revelar bajo las infinitas seducciones de la representación moderna la construcción del estereotipo social, las trampas de la ley y la trama incansable de los códigos.

IV CAMINOS DEL SENTIDO

Las categorías de índice, icono y símbolo ofrecen una útil clasificación de las múltiples maneras de significar, pero evitaremos aplicarlas mecánicamente a los fenómenos de la comunicación. La mayoría de los mensajes combinan libremente estas capas semióticas y el sentido resultante es, en la mayoría de los casos, polifónico o, como dice Bateson, orquestal.

Un orador se preocupa por la articulación de las oraciones; con su traje, o con el logotipo que adorna su pupitre, reivindica cierta imagen. Pero al margen de estas señales simbólicas, icónicas, su voz y su postura emiten cantidad de señales indiciales que domina de manera desigual (capítulo III). Por otra parte, nuestra atención como receptores, especialmente frente a la lupa de la pantalla chica, tenderá a privilegiar los márgenes del texto para acorralar allí el síntoma, incluso el inconsciente del mensaje. En la práctica, parece bastante difícil garantizar que un discurso no tenga distorsiones: en una conferencia de prensa de un personaje importante, sus asistentes toman el recaudo de distribuir una copia a los periodistas, pero no pueden fijar hasta el detalle el sentido de los índices que éstos no dejarán de recoger a lo largo de la enunciación. No hay transmisión sin traducción del enunciado, sin creación continua de sentido a lo largo de los eslabones de la cadena; y el telespectador que se queda en la esfera doméstica experimenta un placer maligno cuando pulveriza el curso majestuoso de un mensaje en una colección de curiosidades indiciales.

El emisor analizará como ruido estas señales que hormiguean al margen de las palabras principales, en tanto que los receptores van a ir a buscar en ese margen errante lo esencial de la información, al remitir el discurso a la categoría de la lengua de madera. La distinción del enunciado y de la enun-